

clamarán: «¿Era necesario gastar tantos millones para Amberes, mientras que nosotros, en Vives-les-Rosières, no tenemos más que un wagon viejo convertido en caseta?»

La Fontaine tiene una fábula encantadora, titulada, si mal no recuerdo: «La cabeza y los miembros»; convendría no olvidarla nunca.

Se dice también que toda esa empresa del Congo no es más que una quijotada de aventureros; llevada adelante sin pies ni cabeza, buena a lo sumo para desembarazar al país y a las familias de una carga onerosa de malos sujetos.

Dejo la palabra a M. Picard: «De los mil trescientos a mil cuatrocientos blancos que hay en el Congo, no hay uno solo que no admire la manera pronta y el método admirable con que ha sido organizada la joven colonia, bajo el impulso de una voluntad única, dotada de la clara y racional visión del fin, de una excepcional perspicacia en la elección de los medios y de la posibilidad de llevar a cabo lo que había resuelto... En toda la historia de las colonias no hay ejemplo de un resultado tan próspero, obtenido en un tiempo tan corto, con un personal con frecuencia reunido a la ventura y constantemente abatido por la enfermedad... Ni la Francia, ni la Alemania, ni la Inglaterra, a pesar de

su poder y de su experiencia, han hecho nada semejante en los pedazos del pastel africano que se apropiaron cuando la repartición. El Congo belga aparece como un modelo digno de ser imitado por estos soberbios molosos. Yo mismo se lo he oído confesar sin restricción a sujetos de las respectivas naciones». M. Picard no exagera: los periódicos extranjeros nos traen a cada momento el eco de esas admiraciones, indudablemente desinteresadas, pero a veces algo celosas.

«El pastel africano» y los «soberbios molosos» me traen a la memoria una objeción que ha circulado por los periódicos y que embarazaba mucho a un buen hombre con quien me encontré en un viaje. «Está muy bien, señor cura, me decía; ¿pero con qué derecho se va a tomar, a robar—porque esta es la palabra,—se va a robar a esos pobres negros sus plantaciones y sus tierras? ¿no tienen ellos como nosotros su derecho de propiedad?»

El pobre hombre se imaginaba un Congo cultivado y arregladito, como las tierras de nuestra Flandes, con caseríos y cercados de setos y límites bien marcados, y heredades labradas tan contiguas unas a otras, que apenas los separa un estrecho sendero... Tal vez, en secreto, soñaba con un plan catastral.

El hecho sin embargo es, que no se ha tomado una pulgada de terreno a los indígenas, cuando por una ocupación efectiva o una apropiación, habían hecho de él o su propiedad particular o la propiedad colectiva de sus aldeas. El Estado no se ha atribuido más que esos inmensos terrenos baldíos, las tierras incultas, los *bona nullius*. Y lo ha hecho en virtud de los principios elementales del derecho de gentes. Esas tierras puede venderlas, o arrendarlas o explotarlas él mismo.

Cuando ha querido establecer sus puestos o sus caminos en tierras ocupadas las ha adquirido a cambio, en contratos libres y pacíficos, terminados siempre por ese cambio de la sangre que consagra la fraternidad y la paz.

Y este derecho es el derecho antiguo, el derecho de todas las naciones civilizadoras.

Se ha dicho que desde el punto de vista financiero la colonización del Congo era un mal negocio. Aquí, Señores, me hallo en terreno enteramente extraño. Me limito a hacer constar dos cosas: la primera es, que el comercio especial del Estado del Congo, que en 1886 era de tres millones y quinientos mil francos, ha llegado en 1895 a veintiun millones, seiscientos veintiocho mil ciento sesenta y siete francos, y que sus rentas,—con exclusión de los anticipos

del Estado belga y del subsidio del Rey—que eran en 1886 de setenta y cuatro mil doscientos sesenta y un francos, han subido en 1896 a seis millones trescientos sesenta y nueve mil trescientos francos (1).

La segunda es, que ese Congo, que no vale nada, desde que se trata que sea de dominio particular, se convierte de repente en una gallina de huevos de oro que pone millones cada mes!

¿Cómo explicar ese fantasmagórico cambio

(1) El «Boletín Oficial» del Estado del Congo, que acaba de salir, publica interesantes estadísticas comerciales del Estado concernientes al año 1896.

Los resultados son notablemente superiores a los del año precedente. El comercio general se ha elevado a un total de 31.131.508,42 de francos, correspondiendo 15.091.137,62 a las exportaciones y 16.040.370,80 a las importaciones.

Este total sobrepasa en 7.151.818,50, es decir, en un treinta por ciento al de 1895.

El comercio especial, esto es, los productos exportados originarios del Estado, y las mercancías importadas para el consumo interior representan un valor total de francos 27.617.376,29, o sea un aumento de 27,68 por ciento sobre la cifra del año 1895.

En lo que concierne a las importaciones, los tejidos de algodón han sido los que han contribuido más a este aumento: figuran en la estadística por valor de 4.071.158,55 de francos.

Las cantidades de alcoholes introducidas en el Estado han disminuido durante el año 1896. En 1894 se importaron en el Congo 1.747.732 litros de alcohol; en 1895 esta

de decoración?... ¡No caerá el maná más que sobre el dominio privado?

Paso ya, y resueltamente abordo una objeción más seria y dolorosa:

La muerte.

El clima de esa región africana es homicida para los blancos; las condiciones higiénicas en que tienen que vivir allí los entregan atados de pies y manos a esa hidra de tres cabezas: la fiebre, la hematuria y la anemia... No tienen otro remedio que huir; y ¡cuántas veces es demasiado tarde!

Es verdad, Señores, ¡cuántos muertos! ¡qué de vidas generosas cortadas en su flor! ¡qué de

cifra descendió a 1.465 590 litros y en 1896 ha bajado a 1.463.726 litros.

En 1896 han sido importadas mercancías en el Congo — citamos por orden de más o menos — por Bélgica, Inglaterra, Alemania, Países Bajos, posesiones portuguesas (costa marítima), Portugal, Francia, Italia, Suecia y Noruega, posesiones portuguesas (ribera izquierda del Congo), España (Islas Canarias), Dinamarca, Austria, Suiza, España, Indias inglesas, Estados Unidos de América, posesiones inglesas (costas occidentales de África), Zanzibar, posesiones francesas (Alto Congo), posesiones francesas (costa marítima), Egipto y Gran Ducado de Luxemburgo.

Las dos cifras extremas son para la Bélgica: Comercio especial: francos 10.162.406,76; comercio general, francos 10.204.447,94; y para el Gran Ducado de Luxemburgo: Comercio especial, francos 141,15; comercio general, francos 24,19.

sangre preciosa coagulada en venas tan jóvenes todavía y tan valientes!

¡Ah! sí, comprendo que se les llore...

Lo que no comprendo es, que sus muertes se pregonen a son de trompeta, con una especie de gozo secreto y triunfante: «¡Necrología congoleña: otro muerto más en el Congo!... los muertos... Hurra!»

Es preciso mirar la cuestión de frente.

La mortalidad es grande en el Congo. He ahí el hecho.

¿Es mayor que en otras colonias vecinas del Ecuador? Las estadísticas responden que no; y yo puedo confirmarlas con un ejemplo que muy bien pudiera llamar de familia.

Cuando comenzamos la misión de Bengala, de que os he hablado no hace mucho, — Calcuta era, sin embargo, ya la ciudad de los palacios, — los estragos de la muerte entre los nuestros fueron espantosos... en menos de dos años había sucumbido la mitad de los misioneros... el primer Obispo no duró cuatro meses... decíamos de esta misión infortunada que era el cementerio de la provincia belga.

Pues bien, en el Congo, hoy día, después de cuatro años, de los primeros misioneros enviados no ha muerto más que uno, el Padre Dumont, y en tales circunstancias, que su

011967

muerte no puede atribuirse ni al clima, ni a la tierra.

De entre todos los misioneros del Kwango, solo han muerto dos, de fiebre hematórica. A esto se reduce todo.

De las doce Hermanas de Nuestra Señora que sirven las colonias escolares de Kimuenza y de E'Dembo, ni una sola ha muerto; dos han estado enfermas; un cambio de aires ha bastado para curarlas. Un solo Padre ha vuelto de allí a nuestro país, herido de ceguera casi completa, a consecuencia de un ataque de fiebre. Cuatro meses de permanencia en la patria le han sido suficientes para recobrar la vista, y ha vuelto allá, gozoso, a ocupar su puesto.

Manifiestamente, Señores, estos resultados son mucho más favorables que los que nos daba Bengala.

Y sin embargo, en Bengala hemos llegado a domar la hidra!

¿Cómo? Por la experiencia misma. Ella nos ha enseñado las condiciones higiénicas en que debe hacerse la aclimatación durante el primer año de permanencia en aquellas tierras, los peligros que hay que evitar, las precauciones que hay que tomar. Las habitaciones y el régimen son más apropiados al clima y a la temperatura, y así en lo demás.

Con tan buen éxito, que actualmente y guardada proporción, apenas contamos mas muertos allí que aquí.

¿Por qué no habríamos de llegar al mismo resultado en el Congo?

¿Por qué no habríamos de llegar a hacer allí lo que han hecho los ingleses en la India, en Calcuta, en los confines de ese delta del Ganges, donde se ceban las pesadas nieblas y los vapores de los malarías homicidas?

Y lo que hacen los misioneros, ¿por qué no lo podrían hacer los residentes?

Es manifiesto que todavía la organización de las estaciones, en la mayor parte de los casos, es muy embrionaria; las condiciones de la vida dejan mucho que desear... Pero queréis que todo se haga en un día?!

Un viajero se mostraba descorazonado por ver, en el Congo, alrededor de las casitas «de tritus sucios, harapos, cascotes de botellas, restos de cajas de conserva, basuras de todo género». No era necesario ir al Congo para eso... una vuelta por el ferrocarril de circunvalación aquí mismo, en Bruselas, o un paseo por los terrenos yermos de la derecha y de la izquierda de la avenida del Bosque bastaba para ello. Eso es repugnante. Convengo en ello. Es malsano. Incontestablemente. Pero ¿podéis exigir al Con-

go unas ordenanzas de policía que se cumplan con más vigilancia que en nuestras capitales?

En pocas palabras, Señores, la aclimatación de una raza en las regiones ecuatoriales es obra de tiempo y de sacrificios. Pero declarar que sea imposible, es en primer lugar negar un hecho; es además lanzar a todos nuestros principios científicos sobre la adaptación de la vida humana a los medios ambientes un desafío tan gratuito como insolente y temerario.

Admitamos, me diréis, admitamos que vuestros misioneros lleguen a aclimatarse en el Congo; mas ¿su acción no se ve irremediamente impedida y estorbada por los blancos?

¿Y desde luego por su brutalidad y su crueldad?

Permitidme afirmaros que de esas pretendidas crueldades ni un solo misionero he oído siquiera hablar...

Cuando ha poco nuestros rotativos, *siempre deseosos de poner en relieve las glorias belgas*, gritaron unánimes: «¡Horror!» llenando sus columnas de fototipias de pobres negritos mutilados por un blanco, averiguóse que este blanco era un negro y que había sido condenado a dos años de cadena.

Acerca de la brutalidad, quise enterarme por mí mismo. Uno de nuestros hermanos vuelto al país para construir aquí una máquina de ha-

cer ladrillos propia de su invención, me proporcionó ocasión oportuna. Era un honrado hijo de nuestras campiñas flamencas: «Hermano, le dije un día, ¿es verdad que se trata tan brutalmente en el Congo a esos pobres negros?»

Y él me respondió: «¡Dios mío! bien comprendéis, Padre, que no se gobierna a esas gentes prometiéndoles un trozo de regaliz. Se les dá en alguna ocasión un cachete, un correa, un puntapié... Pero, estad tranquilo, ni son tantos, ni tan fuertes como los que yo mismo recibí de mi padre y de mi madre, y no me han causado daño alguno».

Es verdad, Señores, pudiera decirse que se está haciendo del Congo una buena cabeza de negro o cabeza de turco!

¿Acaso en nuestro país es todo crema con vainilla? ¿Por ventura las disputas de nuestras tabernas se resuelven en besos de paz y nunca en cuchilladas? ¿y a nadie, ni a las mujeres, ni a los niños sobre todo, se les pega nunca? ¿y a cualquiera se le llama «mi buen amigo»?... ¿y los cazadores furtivos entregán gustosos sus escopetas a los gendarmes, pidiéndoles humildemente mil perdones?

¡Oh que bello país, donde no florecen más que los naranjos!

Yo no disculpo a los brutales; los hay allí,

como los hay aquí. Pero allí, como aquí los castiga la ley. ¿Qué más se quiere? ¿Exigiríais que estuviera ya allí la policía y la gendarmería como aquí? Por Dios, dad tiempo al tiempo.

Por lo demás, un hecho responde a la objeción de una manera victoriosa. Los blancos son allí amados.

¡Ah! ¡los blancos! pero ¿y su conducta por allá?... ¡qué ejemplo tan escandaloso y tan corruptor!

Señores, ¿tendré necesidad de repetíroslo? Yo no absuelvo a nadie, no justifico a nadie!

Yo simplemente hago notar que en el origen de todas nuestras misiones, en todas las colonias europeas nacientes, en Ultramar, hemos encontrado siempre el mismo obstáculo. Y ese obstáculo nos ha contristado sí, ciertamente; pero desalentado, ¡jamás! A pocas millas de una costa en que los comerciantes españoles hacían alarde público de una depravación sin ejemplo, fundamos nosotros esas reducciones del Paraguay, de las que Voltaire, que no será tachado de tenernos demasiado afecto, decía: «que ellas fueron el triunfo de la humanidad».

Una vez más, repito, que yo no absuelvo a los blancos del país negro; pero ¿acaso los blancos del país blanco son de una blancura de azucena?...—Por lo menos se ocultan...—¿Y eso

constituye a vuestros ojos tan gran mérito? ¿y ese manto de hipocresía os basta para extenderles certificado de virtud?... Se lanzan, hablando de allá, con soberana indignación, palabras muy duras: poligamia, concubinato. Se reservan para hablar de acá, palabras muy dulces, que convierten esas cosas en pecadillos, vestidos a la inglesa.

¿Es cuestión de palabras?

¡Ah! si el más culpable de los blancos que están por allá, se levantara de repente en medio de vuestras grandes plazas o ciudades europeas, y el hormiguero de blancos y blancas que por ellas se entrecruzan, lanzaran este evangélico desafío: «El que de vosotros se halle sin pecado, que me arroje la primera piedra» ¿cuántos se atreverían a bajarse para recogerlas y arrojarlas?

¿Tan puros somos nosotros, gran Dios!

¿Y tenemos nosotros por cómplices de nuestros actos a ese sol deprimente y enervante que debilita las voluntades y casi extingue las energías? ¿y a esa soledad pesada, madre de los malos deseos y de los secretos desfallecimientos y caídas?!

No lejos de una de nuestras misiones, vivía un blanco, agente de una sociedad particular, cuya conducta era manifestamente deplorable.

Un negro muy inteligente, que le servía de doméstico, había asistido al catecismo. Chocándole el contraste de lo que veía en su amo y lo que oía al Jesuíta, preguntó a su señor: «Amito, ¿verdad que no hay que creer en lo que dice el cura?» El blanco se puso en pié de un brinco y echó un juramento aterrador contestándole: «Lo que dice el cura es verdad; tú debes creerle como a mí, más que a mí, porque yo digo palabras de hombre y él dice palabras de Dios». Y el juramento que había servido de texto, sirvió de conclusión, acentuado con un enérgico: «Vete de ahí, bribonazo».

Ahora bien, señores, yo no puedo menos de admirarme de ese infeliz que llamado a dar testimonio á Cristo, siente agitarse en su alma alguna gota de su bautismo, salta, y de pié, sin vacilación arroja en el alma de aquel salvaje un credo que a él mismo le condena y le obliga a avergonzarse.

¿Queréis que os resuma la opinión de los misioneros acerca de los blancos? Vedla aquí en dos palabras. Y estas palabras, os lo afirmo por mi honor, son el eco de las de todos: «No tenemos más que felicitarnos por los oficiales y agentes del Estado. Son para con nosotros de una bondad y de una atención a toda prueba. Nosotros no podríamos nada sin ellos... Si nos los qui-

taran, sólo nos restaría cerrar nuestras capillas, recoger nuestras cruces y copones y volvernos a Europa, con el corazón lacerado, dejando tras de nosotros a los veinte mil bautizados y regenerados ya por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo».

He concluído, Señores; sólo me resta deciros una palabra: ¿Queréis que verdaderamente sean abandonados allá esos millares de hermanos que os suplican, y como el macedonio de San Pablo os dicen a voces: «Venid, ¡oh! venid a nosotros!»... ¿Queréis que retroceda y se retire Jesucristo? .. ¿Queréis abandonar allá a vuestros sacerdotes, a vuestras religiosas, a vuestros hijos y a vuestras hijas, porque después de todo, sangre vuestra son los que allí se encuentran? Decidlo, decidlo... Pero ese día, ya no será la patria, a la que tendréis que velar con enlutado crespón... Velad la cruz y el crucifijo, y que las grandes campanas de nuestras catedrales toquen a fúnebre agonía, porque el pueblo, el gran pueblo que Jesucristo tenía allá en el Congo, estará muy próximo a morir.

A. M. D. G.